

El Valle del Brujo Blanco



Fernando Olavarria Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 64764. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

El Valle del Brujo Blanco

Fernando Olavarría Gabler

Federico estaba en el colegio. Esa mañana, el profesor les estaba dando clases de gramática. Los niños hacían esfuerzos por no bostezar y la mayoría de ellos miraba a través del ventanal de la sala de clases hacia el patio iluminado por un sol otoñal.

Federico, - le susurró Cristián, su compañero - ¿conoces el valle de los gigantes?

- ¿Dónde queda ese valle?, preguntó Federico.

- Varios de nosotros abrimos todos los días el portón que está en la muralla detrás del colegio, nos internamos por esos cerros que están más allá del cerro Manquehue y llegamos a un valle donde hay un gran columpio.

- Me gustaría ir con ustedes, insinuó Federico.

- No te preocupes, dijo Cristián, cuando termine esta aburridora clase y salgamos a recreo, nos arrancaremos.

Sonó la campana y salieron a jugar al patio. Cristián,

Federico y algunos compañeros se escabulleron y caminaron hacia el misterioso valle.

Los niños estaban felices de sentirse libres esa mañana. Respiraban el aire puro impregnado de aroma de arbustos silvestres y corrían y brincaban por entre las peñas. ¡Qué alegría la de no tener que oír las tediosas lecciones del profesor!

Después de un largo recorrido llegaron al faldeo de unas montañas y empezaron a descender hacia un hermoso valle verde en el cual había repartidas desordenadamente enormes rocas de granito. Cristián guió al grupo hacia una alta quebrada en parte cubierta de árboles, y en una de sus paredes verticales encontraron lo que buscaban. Estaba colgando ¿saben ustedes qué? ¡Un inmenso brazo! Éste caía desde lo alto del desfiladero y permanecía inmóvil. La mano, enorme y semicerrada, pendía a poca altura del suelo e invitaba a subirse a ella.

- ¡Allí está!, gritó Cristián, ¡el gran columpio!, ¡a subirse muchachos!

Los niños se subieron con gran algazara a la palma de la mano y aferrándose a los dedos empezaron a darle impulso como si fuera un columpio.

"Es muy agradable balancearse en la mano de un gigante", pensó Federico, "seguramente este gigante se durmió sobre la nieve, allá arriba en la cima de la montaña y su brazo ha quedado colgando en la quebrada".

Así jugaron los niños bastante rato, hasta que uno de ellos dio un grito de asombro cuando divisó un conejo. Éste no era un conejo común sino un conejo rosado. Al observar el extraño color del animal, decidieron capturarlo y bajándose de la mano, se pusieron a correr tras el animalito; pero el conejo al parecer se burlaba de ellos porque cuando ya le iban a dar alcance, aceleraba su andar hasta aventajarlos



por un buen trecho y entonces se quedaba esperando a sus jadeantes perseguidores para luego alejarse otra vez.

Llegaron a un árido terreno cerca de un río, y los niños, cansados de correr y sofocados por el calor del mediodía, se sentaron en el suelo arenoso entre las rocas, totalmente desilusionados de la cacería del conejo.

Allí estaban reposando, cuando Federico divisó un remolino de viento que se acercaba por el polvoriento sendero. Éste arrastraba tierra, hojas secas y otras basuras que encontraba a su paso. Se aproximaron a él para observarlo mejor y fue grande su asombro cuando oyeron que del interior del remolino salía una voz que pedía auxilio. Los niños no sabían quién era el que gritaba, pero supusieron que era un ser humano porque de vez en cuando veían pasar unos brazos y unas piernas que sobresalían dentro de la nube de polvo y hojas. Decidieron entonces salvar a aquella persona; entonces



formando fila india y tomándose de las manos, uno de ellos se introdujo en el remolino y agarrando una de las piernas la tiró hacia afuera. El dueño de la pierna cayó de bruces al suelo. Estaba pálido por la emoción y el mareo. Se trataba de un niño que vestía pobremente y se sentía muy feliz al observar cómo el remolino se alejaba lentamente.

- Me llamo José - dijo el niño, poniéndose de pie y sacudiéndose el polvo de su vestido. Mi padre es arenero del río Mapocho y vivimos cerca de aquí. Los niños le preguntaron si había divisado un conejo rosado y José al oír esta pregunta, suspiró y exclamó: ¡Ah! Esa es otra artimaña que tiene el Brujo Blanco para atraer a los niños que andan por este valle. Federico y sus compañeros no comprendieron bien estas palabras y José, sentándose en el suelo, invitó a los demás que también se sentaran alrededor de él porque les iba a contar algo que les interesaría a todos.

- Ustedes no saben - dijo José - que estamos en el Valle del Brujo Blanco. Este personaje tiene aterrorizada a la región porque se roba a los niños y se los come. Por desgracia, todas las artimañas que emplea para atraerlos son invisibles para la gente y es por esta razón que aún vive en este valle y ningún hombre lo ha podido matar.

Hoy en la mañana, a pesar de estar advertido de sus engaños, caí en uno de ellos. Estaba en la orilla del río jugando con mi trompo, cuando se acercó un anciano de largos cabellos y comenzó a observarme y a sonreír. Después de un rato, me dijo que el trompo no bailaba bien porque ya estaba muy viejo y gastado. Mientras decía esto, sacó de entre sus vestiduras un hermoso trompo pintado con fuertes colores y más grande que el mío.

"Te lo regalo" - dijo - "hazlo bailar y verás que emite un lindo sonido cuando gira".

Yo quedé maravillado con el juguete que me ofrecía y

agradeciéndole al anciano el regalo, enrollé mi cuerda en el hermoso trompo y lo hice bailar. Los colores se confundieron con otros más tenues y del interior del trompo salió un suave zumbido que agradaba oírlo; pero este trompo, en lugar de disminuir su velocidad hasta quedar inmóvil, empezó a girar cada vez más rápido y el suave zumbido se fue haciendo tan intenso que se transformó en un estridente silbido. Entonces se formó un remolino de viento alrededor de él y éste fue creciendo más y más hasta que arrastró todo lo que estaba alrededor. Me sentí alzado en los aires y comencé a girar en el interior del remolino a gran velocidad. El viejo, al verme se puso a reír a carcajadas y después desapareció bruscamente. Recién entonces me di cuenta de que había caído en una trampa y que seguramente el remolino me conduciría a la guarida del brujo para ser allí devorado. Sin embargo, para gran fortuna mía, me encontré con ustedes que no titubearon en salvarme de esa terrible muerte.

No tengo la menor duda de que el conejo rosado y la mano del gigante son otros trucos que ha empleado el brujo para atraerlos a su guarida.

Los niños estaban asombrados ante este novedoso relato y fue tal la indignación que tuvieron contra el brujo que, sobreponiéndose al susto que les inspiraba este personaje, juraron vengarse de él y aniquilarlo.

- ¿A alguien se le ocurre un plan para matar al brujo?, preguntó Cristián.

- Yo tengo uno, dijo José; si ustedes se atreven a acompañarme hasta su escondrijo, podremos quemarlo vivo.

Los niños fueron guiados por José por entre matorrales y rocas y después de caminar bastante tiempo llegaron a un terreno plano donde se divisaba una pequeña choza cubierta de pieles. Del techo salía una chimenea y como única entrada tenía un agujero que servía

de puerta y también de ventana.

Alrededor de la choza estaban esparcidos numerosos huesos y los niños supusieron con temor que éstos podrían corresponder a los restos de los festines que se daba el brujo.

Después de observar a cierta distancia la guarida del hechicero. José ordenó a sus amigos que recolectaran ramas secas y formaran varios haces de leña. Posteriormente les explicó en qué consistía su plan. Si alguien pasa cerca de la choza del brujo - dijo José - éste recurre a una de sus artimañas que consiste en dar grandes gritos en el interior de su choza ; después saca una mano por el agujero para que tiren de ella y lo saquen de ahí. El ingenuo que por desgracia toma la mano del brujo, está perdido, porque éste tiene una gran fuerza, lo mete dentro de la choza y se lo come. Pues bien, cuando el brujo saque la mano, le daremos un haz de leña encendido que tapaná la entrada y luego quemaremos su casa.

Los niños, después de aprobar el plan de José, se aproximaron cautelosamente a la entrada de la choza. De improviso oyeron grandes lamentos en el interior y alguien empezó a implorar a gritos que lo sacaran de ahí. Era tanta la pena que infundían esos llamados, que los niños, si no hubieran estado advertidos por José, se abrían abalanzado atolondradamente a salvar al que gritaba. Después apareció lentamente por el agujero una larga y huesuda mano, tan blanca como la leche; ésta se movía y hacía señas para que la ayudaran a salir. Los niños no esperaron más, encendieron un haz de leña y se lo dieron a la mano. Mientras tanto, otros repartieron el resto de la leña alrededor de la choza y le prendieron fuego. El brujo blanco dio un rugido de rabia al sentir las quemaduras y al tratar de retirar el brazo hacia el interior obturó la entrada con la leña encendida. Los niños presurosos continuaron apilando ramas secas en la puerta para impedir la fuga del brujo y pronto la choza se vio envuelta en una inmensa hoguera. En el



interior de la choza el brujo daba alaridos y saltos y forcejaba como si estuviera en el interior de un saco. Poco a poco los gritos se fueron extinguendo y de la guarida del brujo sólo quedó un montón de cenizas rodeado de blancos huesos.

Los niños estaban muy impresionados y se alejaron lentamente del fatídico lugar. José, muy contento, los encaminó de vuelta hacia el colegio. Ya anocheceía cuando divisaron el viejo portón.

Los profesores estaban alarmados con la desaparición de los niños y éstos fueron castigados por no haber asistido a las clases de la tarde.

A la semana siguiente, durante el recreo, decidieron excursionar nuevamente el misterioso valle. Pero esta vez el brazo del gigante había desaparecido y tampoco pudieron hallar al conejo rosado ni al niño José.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina